



SEXO EN EL CAMPO. UNA APROXIMACIÓN A LAS DIMENSIONES SEXUADAS DE LA INVESTIGACIÓN.

Santiago Morcillo¹

Cuerpos investigados ¿cuerpos que investigan?

La búsqueda por construir las ciencias sociales como un cuerpo de conocimientos objetivos ha resultado en varios problemas, uno de ellos es el intento de fabricar una mirada descorporeizada. Mucho tiempo ha transcurrido hasta poder hacer asequible a la reflexión el papel que el (o la) investigador(a)² tiene en la producción de los datos que analiza. La llamada “reflexividad” de quienes investigan ha permitido iluminar, tanto sesgos que se introducían inadvertidamente, como algunas de las asimetrías de poder que supone la relación entre los sujetos que investigan y los sujetos/objetos que son investigados.

Pero esta reflexividad muy pocas veces ha tomado como foco la posición sexuada de quien investiga. Es importante preguntarnos, como lo hace Esther Newton (1996) en un artículo señero en abordar este problema, si el poder de *nombrar* a un “otro” subordinado plantea un problema ético, ¿por qué no se ha problematizado el poder que atraviesa las relaciones sexuadas con ese “otro”? Recién desde mediados de los '90 han comenzado a surgir este tipo de cuestiones (Kulick e Willson, 1995; Newton, 1996; Markowitz, 2003; Sanders, 2006; O'connell Davidson, 2008). En estudios sobre sexualidades, las relaciones entre investigados e investigadores muchas veces -sino siempre-, adquieren un particular cariz sexual. Por ello no es extraño que desde estas áreas -la antropología de la sexualidad, la sociología de la sexualidad- hayan brotado los primeros interrogantes al respecto.

Desde la antropología, se ha puesto en cuestión el mandato hegemónico de celibato para los etnógrafos, no sólo para garantizar la objetividad de la información adquirida en el trabajo de campo, sino también como forma de mantener a salvo el self del investigador (ver Wengle, citado en Kulick e Willson, 1995). A su vez, la falta de un registro explícito de las dimensiones sexuales y eróticas de la investigación en el campo, resguarda de la crítica a la mirada desde el punto de vista

¹ Doctorando en Ciencias Sociales Lic. en Sociología. UBA-IIGG-GES santiagomorcillo@gmail.com

² Sirva esta primer llamada de atención para recordar(nos) que se investiga no sólo a sujetos con diferentes identidades de género y sexuales, sino *desde* distintas posiciones de sexo-género. Dejando en claro este punto, me parece más fructífero pedir entonces a lxs lectorxs el esfuerzo por recordar este punto aunque no haga la aclaración (usando masculino y femenino) en el todas las menciones de este trabajo.



del varón blanco heterosexual (*white stright male* o WSM, ver Killick, en Kulick e Willson, 1995) construido como la posición no marcada desde la cual se produce una supuesta mirada neutral.

Partiendo desde esta crítica, me propongo hacer una reflexión sobre las formas de interacción que acontecen en mi trabajo de campo, enfocando en particular sobre las dimensiones sexuadas de dichas relaciones. Estudiando sobre identidades de mujeres y travestis que realizan sexo comercial, he tenido la oportunidad de realizar entrevistas, observación participante y charlas informales a partir de las cuales noté la necesidad de tomar en cuenta las dinámicas de seducción, atracción, es decir la forma en que la interpelación sexual se hacía presente en el marco de mi trabajo de investigación.

Esta ponencia tiene un carácter exploratorio cuyos objetivos son: iniciar reflexiones sobre mis propias experiencias como investigador y volver sobre las críticas a los supuestos que han dificultado el análisis explícito de la sexualidad “en el campo” para abrir interrogantes sobre sus potencialidades.

Trabajo sexual y trabajo de campo

Si bien, como señalé, los estudios sobre sexualidades pueden tender a enfocar las dimensiones sexuadas, esta tendencia se acentuaría en el caso del trabajo sexual. Investigar sobre trabajo sexual o sexo comercial³ hace ineludible una sexualización de quien investigue, todas las marcas que refieran a su identidad de sexo-género aparecen y dan un influjo a la investigación, tal vez con más evidencia que en otras áreas.

Aún así, no son muchas las oportunidades en que se han tematizado las relaciones erótico-sexuales investigador-investigado. Incluso aunque las investigaciones sobre la industria sexual desde sus comienzos han estado apoyadas en el trabajo de campo⁴, pocas han profundizado en las discusiones metodológicas y hecho un trabajo de reflexividad sobre el papel que ocupa quien investiga (Sanders, 2006). En algunos estudios, fundamentalmente realizados por mujeres (por ejemplo Gaspar, 1985; Justo Von Lurzer, 2004; Oliveira, 2004) se abordan cuestiones metodológicas, aunque haciendo foco fundamentalmente en la accesibilidad del campo y la seguridad dentro del mismo.

³ Si bien estas nociones no son idénticas, no es el fin de este trabajo hacer estas distinciones mucho más finas, y por tanto utilizaré ambas denominaciones como sinónimos.

⁴ Lamentablemente, este no es el caso para las pocas investigaciones sobre esta área en Argentina



Desde mi propia experiencia en el contexto del sexo comercial, puedo decir que la identidad de varón facilita la entrada al campo. Probablemente ser mujer suponga una menor accesibilidad, tal como señala María Dulce Gaspar (1985)⁵; pero, si bien ser varón abre las puertas al campo, pues en un contexto de sexo comercial nadie cuestiona “¿qué hace un varón?” -y hay menor exposición en relación a la seguridad al investigar en contextos de sexo comercial callejero-, también presenta varias dificultades, muchas de ellas enraizadas en los diferenciales de poder que estructuran las relaciones de género. Más puntualmente, creo que el principal peligro es la asimilación con el rol de cliente, o potencial cliente. Esto no sería necesariamente un obstáculo a la investigación, por ejemplo me posibilitaría conocer algunos aspectos sobre cómo funciona la interacción con los clientes o al menos los potenciales clientes, justamente aquellas formas que se utilizan en el comienzo de esta interacción: la seducción.

Sin embargo esta posición sí puede ser una dificultad, sumado a los dilemas éticos que supondría, para varios de mis objetivos de investigación⁶ donde las relaciones de poder que se configuran entre los clientes y quienes hacen sexo comercial tienen un papel importante. Quedar en la posición subjetiva de cliente representa que muy probablemente se oculten algunas informaciones, buena parte de las cuales constituyen datos importantes para mí, por ejemplo me sería inaccesible lo que Scott denomina el “hidden transcript”⁷. La mayor parte de las veces quienes hacen sexo comercial encaran las interacciones con los clientes usando la “psicología” y el “chamuyo” (Morcillo, 2009). Es decir, aplicando tácticas, mañas, que buscan tanto anticipar los sentidos y posibles derroteros de la interacción, como dirigir la atención de los clientes poniendo en marcha una verborragia no exenta de fingimientos.

¿Cómo se abre el juego, cómo es la primera aproximación para interactuar en el campo? En el contexto del sexo comercial las formas de seducción parecen circular más directa y unidireccionalmente que en otros contextos de seducción como bares o discotecas (Lacombe, 2009). Es decir que, al menos desde un lado, el de quienes ofrecen sexo comercial, está definida una específica manera de seducción que tiene una particularidad: es el trabajo que están realizando y el

⁵ En caso de las mujeres aparecen otros elementos que complejizan la ecuación: investigar el sexo comercial puertas adentro (*indoors*) parece menos accesible para investigadoras mujeres; pero a la vez representaría una menor exposición a violencia o inseguridad, a la vez otro asunto es la posible percepción de las investigadoras como posible “competencia” para las mujeres que están haciendo trabajo sexual y las interpelaciones sexuales de los varones clientes.

⁶ En el marco de mi tesis doctoral me planteo tres ejes de análisis: las distintas formas en que mujeres y travestis que realizan sexo comercial se conciben a sí mismas, (autopercepción); los posicionamientos y las tácticas que emergen frente a la interpelación estigmatizante de los discursos dominantes; y la forma en que mujeres y travestis asocian significados a la sexualidad, a las distintas prácticas sexuales y a las emociones y afectos.

⁷ Entendido como aquel conjunto de prácticas y discursos que los subalternos ocultan frente a los más poderosos (Scott, 1990).



intento de seducción no tiene que ver con una atracción de tipo erótico -aunque pueda haber matices- sino que es parte del trabajo. Ahora bien, desde el otro lado de la interacción el marco no siempre está claro, y los cuerpos que se acercan y alejan son leídos en un continuo de potencialidad de cliente -donde algunas marcas como las que hacen inteligible un cuerpo como “varón”, o las que lo inscriben en determinadas clases, aumentan la potencialidad⁸-. Justamente uno de los límites que estructuran las mujeres y travestis al hacer sexo comercial (Morcillo, 2009) es separar varones entre clientes y otros con los que tienen diferentes relaciones (parejas, novios, “garrones”, amigos). Si bien esta división no es taxativa y existen tránsitos entre las categorías, siempre se intenta sostener la segmentación.

La importancia de la *mirada* para entablar relaciones, es una constante de casi todas las interacciones humanas, pero en el contexto de sexo comercial es imprescindible para “leer” tanto que una mujer está ofreciendo sexo comercial -pues a veces esto no es inteligible a partir de la vestimenta ni de las posturas corporales⁹- como que un varón está queriendo comprar lo que ella ofrece.

La pretensión de construir una mirada “neutral”, y para ello descorporeizada, se hace evidentemente insostenible. En el contexto del sexo comercial las miradas de quienes se hallan trabajando será particularmente interpelantes e incluso, para algunos, erotizantes. Es la mirada la que inaugura la seducción abriendo el juego de ilusión de intimidad y atracción sexual que implica el sexo comercial. Por ello algunos varones, que participan de la ilusión, pueden ver reforzada su masculinidad en tanto “conquistadores”, y por ello también otros varones, que no logran participar como creyentes de la ilusión que se está vendiendo, no se involucran sexualmente en los intercambios con quienes hacen sexo comercial.

A pesar de estas sutilezas, cómo es leído el ser varón y estar en un contexto en que se ofrece sexo comercial, parece estar bastante claro para algunos. Por ejemplo, pude notar que al comentar sobre mi investigación a otros varones, fuera y dentro del campo disciplinar, aparece siempre una presuposición de que mi tarea de hacer trabajo de campo era similar a “ir de putas”. Mi posición subjetiva, que puede asimilarse a la de “WSM”, es problemática en una interacción con sujetos

⁸ En este sentido es interesante pensar la categoría de “frecuentadores” que acuña Elisiane Pasini (2009) para englobar a los varones que transitan por el contexto de sexo comercial sin ser definidamente clientes o tener otros roles. Sin embargo también debemos tener en cuenta, como lo aclara la autora y he podido constatar en mi propio trabajo de campo, que las personas que hacen trabajo sexual estereotipan a los varones que se presentan a partir de algunas características a fin de clasificarlos. Sostengo que un punto fundamental de esta clasificación es la de cliente o potencial cliente, como contrapuesta a otros tipos de relaciones que se entablan con varones.

⁹ Esto sucede en mayor medida con las mujeres que con las travestis, aunque también entre estas hay muchas situaciones donde la mirada es importante para definir el rumbo de la interacción.



subalternizados tanto para involucrarme sexualmente como para hablar sobre mi sexualidad en ese contexto. También ser varón supone incomodidades en tanto, a veces, puede ocurrir que algún cliente-varón, quien siempre puede reclamarme una supuesta complicidad de género, tenga un trato autoritario hacia quienes están haciendo trabajo sexual. Una vez más puedo encontrar un motivo, no sólo metodológico sino ético, para distanciarme de la posición de cliente -y sobre todo cuando asume estas características-. Ahora bien, distanciarme de la posición de cliente no significa tener un rol claro hacia el cual dirigirme, sino que me interpela en mis propias capacidades para “ser yo” en el contexto del sexo comercial.

Los intentos por diferenciarme de los clientes están sujetos a varios factores que se suman a mi posición de sexo-género en el campo; por ejemplo la confusión (¿inicial?) que se produce entre mi interés por lograr interactuar, conversar, entablar vínculos y el interés sexual (sea comercial o no). A las características que tienen los contextos de sexo comercial como escenarios altamente erotizados, se suman las similitudes que hay entre la dinámica de seducción y el *rappor*t y cierta proximidad que se debe generar en el trabajo de campo (ver Lacombe, 2009). En este sentido, me veo obligado a no rechazar de plano el juego de seducción y a la vez tampoco involucrarme en él. Por un lado el juego de seducción es parte del trabajo sexual y observarlo, como dije, me permite conocer algunos aspectos de la dinámica de interacción en el sexo comercial. Por otro lado, la primera aproximación en los contextos de sexo comercial es siempre a partir de una mirada seductora, entonces se hace casi imposible la interacción sin entrar en este juego al menos por un momento. Sin embargo mi posición dentro de este juego es muy limitada, pues la seducción en este contexto es parte del trabajo y no una forma de ganar intimidad. Así, continuar adentrándome en este juego / trabajo, acarrearía no sólo interrogantes metodológicos (y éticos) sobre cómo posicionarme y manejar mi propia información respecto de mis informantes, sino que tampoco supondría ganar mayor intimidad. Más aún tomando en cuenta las distinciones que suelen trazar las mujeres y travestis que hacen sexo comercial entre varones-clientes y varones de “otros tipos de relaciones”, continuar la seducción e involucrarme en una relación sexual comercial me dejaría completamente situado en la posición de cliente.

Sin embargo, he podido notar que esta dinámica de seducción y erotización de las interacciones que se da en el sexo comercial puede variar bastante de acuerdo al entorno. En el contexto de calle, aún en una “zona roja” socialmente reconocida por la oferta de sexo comercial, hay mayor circulación tanto de personas como de sentidos para connotar la interacción. Esto me habilita a usar algunas tácticas que aclaran mis intenciones, entonces puedo trabajar sobre mi



aparición e incluso llevar visiblemente una carpeta, papeles y lapicera que dan algunas señales de qué es lo que estoy buscando en esas interacciones, adónde se dirigen mis “miradas penetrantes”.

A su vez, la forma de interacción que se da en el marco de las entrevistas supone que las preguntas fluyan en una dirección, pero esto no siempre sucede así. Muchas veces, tras lograr un acercamiento y un buen rapport con las entrevistadas, la seducción, las interrogaciones e interpelaciones eróticas se reinauguran tras apagar el grabador - parte de mi atuendo de investigador, junto con mis papeles y carpeta-. Este atuendo y sobre todo el grabador encendido parecen marcar límites del trabajo de campo, funcionando así como signos cuya significación es reconocida y compartida por mí y las entrevistadas. La situación es diferente en los contextos de sexo comercial *indoor*, pues allí quienes entran y las intenciones con que lo hacen son, si bien no completamente homogéneas, mucho más limitadas que en el contexto de calle. Ya no hay lugar aquí para los elementos de mi atuendo que me diferencien de los clientes, y a ello se suma la fuerte heterosexualización de estos entornos.

Las miradas, el acercamiento y demás formas de interacción son connotadas como seducción o como intenciones eróticas según un complejo de elementos que va desde algunos más estructurales, como la posición de sexo-género y como se lee relacionamente, hasta variables más coyunturales como el entorno donde se da el encuentro. No sólo es importante reflexionar sobre la dimensión sexuada y erótica de las relaciones investigador-investigado en el campo sino que todos estos factores deben ser tenidos en cuenta para intentar comprender qué significa esta interacción sexualizada.

Preguntas finales

Tras muchos años de un silencio (pretendidamente) célibe -el nombre del volumen compilado por Kulick y Margaret Wilson (1995) es elocuente: *Tabú*- se ha comenzado a discutir sobre el papel del sexo en las investigaciones. Sin embargo, como suele suceder cuando una tendencia surge para contrarrestar a otra, algunas veces se hacen valoraciones sobre el papel del sexo en la relación con los y las informantes que pecan, por lo menos, de cierto simplismo. Tal es el caso cuando, a diferencia de quienes planteaban el celibato como una manera de proteger el self del investigador, se concibe que entablar relaciones sexuales con nuestros informantes funciona como un puente que “conecta mejor” nuestro self con el de aquellxs que investigamos. Esta posición presupone que el “buen sexo” funciona como una comunión y nos permite compartir dimensiones



más íntimas y así franquear barreras intersubjetivas que bloquearían información muy rica (por ejemplo como parece afirmar Bolton, en Kulick e Willson, 1995). Otras veces se sugiere, no necesariamente entablar relaciones sexuales, pero sí mostrarse como un/a investigador/a sexualizado/a como algo que puede servir, incluso a investigadores varones blancos heterosexuales, para construir un “nexo natural” con los informantes (Markowitz, 2003).

Puedo comprender la discusión que están planteando estos enfoques en términos de hacer una crítica a la postura que asocia la objetividad con la neutralidad de sexo-género y el celibato valorándolos positivamente. Ahora bien, a esta crítica subyace un sentido sobre el significado del sexo que parece problemático. De hecho, ya parece problemático asumir que haya *un* significado sobre el sexo. Creo necesario, imprescindible, comprender los distintos significados que en diferentes contextos pueden asumir las sexualidades y las prácticas sexuales. Incluso la identidad de género tampoco es una instancia subjetiva coherente, sino una serie de posiciones contradictorias, conflictivas y mutables que se establecen en contextos situados (Kulick e Willson, 1995). Entonces, tanto qué signifique ser varón, como qué significaciones adquieran las prácticas sexuales no es algo sencillo y que pueda ser definido fuera de las interacciones que se dan en el campo. En este sentido investigar sobre sexo comercial me interroga constantemente sobre los significados que se asocian a las prácticas sexuales, ¿es siempre el sexo sinónimo de intimidad, de mutualidad?

Comparto la crítica a un celibato obligatorio como forma de garantizar la objetividad y como forma de resguardar el self de quien investiga, abogando por una puesta en juego de este self (*put the self at stake*, como propone Kulick) y por desdibujar los límites simbólicos (y corporales) que distancian a quien investiga de quien es investigado. Ahora bien, justamente en el contexto del sexo comercial hemos de analizar cautelosamente, dónde se trazan los límites y en qué lugar quedan emplazadas cuáles prácticas sexuales.

El problema del deseo erótico no es que funcione como un “ruido” en la búsqueda de un dato objetivo, sino que como elemento condicionante, o productor, de los vínculos que se entablan en el campo rara vez es tenido en cuenta y ello hace que sea muy difícil, sino imposible, su control. Si se decide que mostrarse como un investigador sexuado e involucrarse sexualmente con lxs informantes es lo más conveniente, sea esto desde una perspectiva metodológica, epistemológica o ético-política, deberá tenerse en cuenta qué nuevos elementos estarán posicionando a quien investiga y cómo inciden en las construcciones de conocimiento que surgen de estos encuentros. ¿Qué papel tienen la atracción/seducción, el deseo sexual en las estrategias de delimitación del



“campo”? ¿Cómo funcionan a nivel epistémico las emociones que emergen en el campo en esta interacción sexualizada?

Bibliografía

GASPAR, M. D. *Garotas de programa : prostituição em Copacabana e identidade social*. Rio de Janeiro: J. Zahar, 1985.

JUSTO VON LURZER, C. *Putas. El estigma. Representaciones y organización de las mujeres que ejercen la prostitución en la Ciudad de Buenos Aires*. (2004). (Tesina de Licenciatura) - Carrera de Ciencias de la Comunicación, Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2004.

KULICK, D.; WILLSON, M. *Taboo : sex, identity, and erotic subjectivity in anthropological fieldwork*. London; New York: Routledge, 1995.

LACOMBE, A. “Tu é ruim de transa!” ou como etnografar contextos de sedução lésbica em duas boates GLBT do subúrbio do Rio de Janeiro. In: DÍAZ-BENÍTEZ, M. E.; FIGARI, C. (Ed.). *Prazeres dissidentes*. Rio de Janeiro: Garamond Universitaria, 2009.

MARKOWITZ, F. Sexualizando al antropólogo: implicaciones para la etnografía. In: NIETO, J. A. (Ed.). *Antropología de la sexualidad y diversidad cultural*. Madrid: Talasa Ediciones, 2003.

MORCILLO, S. "Una cosa es el hambre y otra es el placer". Límites encarnados en las personas dedicadas al trabajo sexual. In: UNSAM (Ed.). *VIII Reunión de Antropología del Mercosur (RAM)*. UNSAM Buenos Aires 2009.

NEWTON, E. My Best Informant's Dress: The Erotic Equation in Fieldwork. In: LEWIN, E.; LEAP, W. (Ed.). *Out in the Field*. Chicago: Urbana 1996.

O'CONNELL DAVIDSON, J. If no means no, does yes mean yes? Consenting to research intimacies. *History of the Human Sciences* [S.I.], v. 21, n. 4, p. 49-67, 2008.

OLIVEIRA, A. *As vendedoras de ilusões : estudo sobre prostituição, alterne e striptease*. Lisboa: Editorial Notícias, 2004. (Desejos).

PASINI, E. Sexo com prostitutas: Uma discussão sobre modelos de masculinos. In: DÍAZ-BENÍTEZ, M. E.; FIGARI, C. (Ed.). *Prazeres Dissidentes*. Rio de Janeiro: Garamond Univesitaria, 2009.

SANDERS, T. Sexing Up the Subject: Methodological Nuances in Researching the Female Sex Industry. *Sexualities* [S.I.], v. 9, n. 4, p. 449-468, 2006.

SCOTT, J. C. *Domination and the arts of resistance : hidden transcripts*. New Haven: Yale University Press, 1990.